

Crítica de libros

Jacob A. Zumoff, *The Communist International and US Communism, 1919-1929*, Leiden, Brill (Historical Materialism book series, 82), 2014, 443 pp.

Un aspecto muy debatido por la historiografía sobre los partidos comunistas en la época de la Tercera Internacional (1919-1943) refiere al vínculo entre dicha organización y sus secciones nacionales, lo cual implica una evaluación de doble vía: analizar los modos en que las fuerzas políticas izquierdistas de cada país se insertaron en la entidad fundada por Lenin y, a la vez, explorar la forma en que esta última influyó en el desarrollo de los partidos comunistas. El estudio se hizo más viable desde 1992, al acceder a los documentos de la Comintern existentes en la ex URSS, que quedaron en Moscú en el Archivo Estatal Ruso de Historia Social y Política (RGASPI). En este sentido, el caso de Estados Unidos, donde existió un Communist Party-USA (CPUSA) de cierta importancia, es interesante, pues exige superar las visiones estereotipadas. Desde la guerra fría, surgió una interpretación “tradicional”, que identificó un partido de carácter foráneo y bajo dependencia rusa, como en los 50 y 60 aseguraban las obras de Theodore Draper. Tras la caída de la URSS, los comunistas norteamericanos fueron retratados como apéndices del totalitarismo soviético y sus espías, por ejemplo, en los textos de Harvey Klehr y John E. Haynes. Los historiadores sociales de los 70 y 80 (entre otros, Robin Kelley), relacionados con la Nueva Izquierda, habían erigido una visión “revisionista”, pero dirigiéndola sobre todo al ciclo abierto en los 30, haciendo hincapié en los niveles de autonomía partidaria, tanto a escala local como con respecto a Moscú. En definitiva ambas miradas coincidían en apuntar una influencia negativa de la IC.

El exhaustivo libro de Jacob Zumoff, profesor de la New Jersey City University, sostiene un punto de vista distinto. El volumen es el fruto de una investigación de varios años, que primero fue una tesis de doctorado defendida en la Universidad de Londres en 2003. Además del RGASPI, el autor sacó provecho de un valioso archivo marxista, el Prometheus Research

Library, ubicado en el bajo Manhattan (del cual Zumoff es investigador asociado), y de los registros del FBI. El relevamiento de los papeles donados a las bibliotecas universitarias por los cuadros de izquierda (práctica infrecuente en nuestro país) y de una numerosa colección de órganos de prensa, entre otros materiales, dotó a esta obra de un contundente basamento empírico, que se complementó con una vastísima consulta de bibliografía nacional e internacional. Se trata de un sólido trabajo académico, que hace explícita su perspectiva marxista militante.

Además de distanciarse de las visiones “tradicionalistas” y “revisionistas”, la obra de Zumoff se diferencia de las más recientes historiografías “culturalistas”, que abordan la experiencia de los comunistas norteamericanos casi con abstracción de las caracterizaciones y estrategias políticas del partido. El autor ofrece una historia esencialmente política y global del CPUSA, sobre todo, en sus relaciones con la Comintern, entre 1919 y 1929 (estrictamente, el nombre definitivo del partido surgió en ese último año). No se trata del período más atendido por los investigadores. El sentido común reconoce la dinámica emergente del comunismo local, tras el impacto de la revolución bolchevique, pero luego señala su estancamiento, con la represión y la prosperidad económica de los “*roaring twenties*”. El CPUSA tuvo un fuerte crecimiento desde la gran depresión de los 30: en 1945 alcanzaba a los 65.000 integrantes e, incluso, todavía durante los dificultísimos tiempos de la guerra fría, el FBI le estimaba en 1955 unos 23.000 miembros. No casualmente ésas fueron las décadas más examinadas. Sin embargo, la justificación del estudio sobre un período en el que el naciente partido no llegó a los 15.000 militantes no se fundan en razones cuantitativas (sin olvidar que en 1926 era el sexto partido comunista más grande entre los 46 existentes en el mundo capitalista). El dato relevante es que durante esos años 20 los comunistas se fueron convirtiendo en la más importante tendencia de izquierda en el movimiento obrero y entre los negros. Además, un buen modo de comprender las características del CPUSA “maduro” es a través de la indagación de su proceso formativo.

La obra demuestra que, en su primera etapa, la Internacional Comunista (IC), si bien no tuvo al CPUSA entre sus prioridades, pues éste no participó de situaciones revolucionarias, intervino allí de manera positiva, en buena medida, porque advirtió la relevancia estratégica del país. De hecho, auxilió al CPUSA a “americanizarse” y a desentrañar la especificidad de su sociedad (con numeroso proletariado extranjero e importancia de la opresión racial y la cuestión negra). Esa ayuda operó desde un inicio, como el autor lo explica en los capítulos 1 y 2, donde se detalla la incidencia de la IC en la compleja unificación de los grupos escindidos del Socialist Party que confluyeron en la creación del comunismo norteamericano; también se examina la guía cominternista para que el naciente partido aproveche los márgenes de legalidad (una vía rechazada por varios de sus cuadros). En los capítulos 3 y 4 se indaga la orientación de la IC para insertar al CPUSA en el movimiento obrero, no tanto dentro de la más radical Industrial Workers

of the World (IWW), sino en la más grande American Federation of Labor (AFL), pese a la postura anticomunista de su dirección. Fruto de ello, se produjo el reclutamiento de importantes obreros, como ocurrió en 1921 con William Z. Foster, quien años después se convertiría en secretario general y presidente del partido. Según explican los capítulos 5 y 6, el partido tuvo luego un desvío oportunista, orientándose a los farmers y el agrarismo radical, debilitándolo en el movimiento obrero y volviéndolo a sumir en un largo faccionalismo interno y una intensa crisis, agravada con el fiasco de 1924, por el acercamiento a la candidatura presidencial reformista del ex senador republicano Robert La Follette (que sólo la intervención cominternista, bajo presión de Trotsky, pudo detener). En los capítulos 7 a 9 reconocemos el señalamiento de una transición, hacia mediados de la década, en donde va cambiando el carácter de la intervención cominternista y sus efectos se hacen más complejos en un CPUSA afectado por confusas luchas faccionales. Son los años de la “bolchevización”, una “espada de doble filo”, que busca homogeneizar forzosamente al partido, y en los que la IC discute la organización de las federaciones idiomáticas. Al mismo tiempo, frente a la inacción exhibida por la AFL, los comunistas fueron protagonizando violentos conflictos proletarios, como los de los textiles de Passaic (New Jersey), New Bedford (Massachusetts) y Gastonia (North Carolina), y destacándose en la campaña por Sacco y Vanzetti.

Zumoff advierte que el papel claramente regresivo de la IC frente al CPUSA se fue consolidando hacia el final de la década, con la “degeneración política de la revolución rusa bajo Stalin”. Los capítulos 10 a 13 exploran ese proceso, signado por las convulsiones dentro de la IC y el partido norteamericano. Su evidencia fue el fugaz ascenso y caída de la dirección de Jay Lovestone, quien se volcó a posiciones bujarinistas (favorables al “excepcionalismo americano”) y, lógicamente, acabó defenestrado en 1929. Antes, ya había sido expulsada el ala pro-trotskista de James P. Cannon. Fue entonces cuando se produjo la entronización de Earl Browder como nueva dirección del CPUSA, consagrándose la definitiva centralización estalinista. En los siguientes años, rigió la línea del “tercer período” de la IC. El autor nos describe a un CPUSA arrastrado a posturas ultraizquierdistas y retórica insurreccionalista, con militantes que se destacaban en acciones de lucha, sobrepasando a la burocracia de la AFL y organizando a los desempleados. El autor tiende a relativizar los aspectos nocivos de la orientación sectaria (ello podría propiciar un buen debate), pues, si bien reconoce que a partir de esta línea se cometieron errores y excentricidades, como proponer un sindicalismo paralelo y la creencia en la inminente caída del capitalismo, en su visión, la política de “clase contra clase” fue más exitosa en Estados Unidos que en otros países. Como parte de esa estrategia estuvo el absurdo planteo de “autodeterminación” para los negros norteamericanos, referenciados como “grupo nacional oprimido” y con derecho a secesión, algo rechazado por los propios militantes de ese origen. Los últimos cuatro capítulos exploran de conjunto la posición ante la “*negro question*”, que al comienzo había sido

mayormente ignorada por el partido y luego considerada como otra forma de la opresión económica.

Al entender que la estalinización del CPUSA fue precedida y acompañada por factores locales, no sólo de Moscú, Zumoff retoma viejos análisis de Cannon. Se alude a un fenómeno de adaptación a la política burguesa que, ya con el frentepopulismo, derivó en la capitulación a la burocracia sindical del Congress of Industrial Organizations (CIO) y el apoyo al New Deal del presidente Roosevelt y al imperialismo en la Segunda Guerra. El balance de Zumoff es que el CPUSA en los 20, si bien rechazaba explícitamente el reformismo socialdemócrata, falló en la forja de un fuerte partido revolucionario con los cuadros y el programa necesarios. Hasta qué punto era eso posible, dadas las características de la sociedad norteamericana, es el interrogante que queda planteado. En cualquier caso, este libro se convertirá en la obra de referencia sobre los primeros años del PC norteamericano. Al mismo tiempo, brinda elementos claves para el análisis comparativo con otros partidos comunistas y contribuye a una historia global de la IC.

Hernán Camarero (UBA - Conicet)

* * *

Alejandra Oberti, *Las revolucionarias. Militancia, vida cotidiana y afectividad en los setenta*, Buenos Aires: Edhasa, 2015, 280 pp.

Al realizar un recorrido por los estudios sobre las organizaciones político-militares que se desarrollaron en Argentina durante los años 70, es posible notar que, si bien hay un amplio reconocimiento de la participación femenina, escasos trabajos se abocan a la militancia de las mujeres. Entre éstos, se hallan las investigaciones de la socióloga Alejandra Oberti que se materializan en *Las revolucionarias. Militancia, vida cotidiana y afectividad en los setenta*, una versión de su tesis doctoral en la que se propone repensar la militancia en las organizaciones político-militares argentinas (fundamentalmente Montoneros y el PRT-ERP) a través de lecturas desde el género que permiten examinar la activa participación de las mujeres. Su análisis –dividido aquí en tres partes, con una introducción y un epílogo conclusivo– da cuenta de un exhaustivo trabajo con un vasto conjunto de materiales, entre los que prevalecen los testimonios de mujeres militantes que narran el pasado y las publicaciones de las organizaciones, que posibilitan, además, indagar en los discursos y las representaciones en torno al género.

Este volumen, cuyos capítulos están agrupados en tres partes (“La construcción de la subjetividad revolucionaria”, “Las mujeres en la revolución” y “Memorias de la militancia”) está atravesado por la figura del *hombre nuevo* en tanto modelo de revolucionario, que marcó la actividad política del momento.